

Domingo XIII del Tiempo Ordinario (02-07-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

En primer lugar, hoy día tenemos que agradecer a todas las sunamitas y a todos los sunamitas que han dado de comer, han acompañado los caminos de todos los que evangelizan en el mundo. Y, especialmente, en nuestro país, donde hay una enorme consideración por las religiosas, los religiosos, los agentes pastorales, los sacerdotes. Y nos sentimos arropados por ustedes, porque toda la población siempre nos aguanta, inclusive, a veces tenemos errores y, sin embargo, siempre nos alcanzan su ayuda, su vaso de agua. Y esto es muy importante porque hay un sentimiento aceptado, dentro de la tradición de nuestra fe en el Perú, de que la Iglesia, inclusive con todos los defectos que pueden tener las personas, está para el anuncio de Dios, porque Dios es primero y tenemos un gran sentido religioso.

Es esto una de las cosas que más quiere el Papa Francisco en los peruanos. Hace poquito nomás hemos tenido, por ejemplo, la exhortación y la reflexión que hizo el rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú por el Día del Papa en la universidad. Ustedes saben que el Nuncio convocó a que varios sectores de la Iglesia, de la civilidad y del cuerpo diplomático vinieran a la Universidad Católica. Y el Nuncio había pedido que se festeje allí el Día del Papa por primera vez.

Entonces, en vez de que en la Nunciatura se recibiera a la gente, se recibió en la Universidad Católica. Y ha sido muy

bonito, han ido como unas 500 personas, representantes de todo nuestro pueblo, para agradecerle toda la confianza que tienen con la Iglesia.

Por eso, hermanos y hermanas, esta acogida, esta compañía, viene de que sabemos que estamos para evangelizar y para llevar una palabra de aliento, especialmente, a la gente que más sufre. Y eso lo tenemos muy a pecho y, gracias a Dios, eso también nos permite una fuerza, un ánimo para seguir mejorando en la Iglesia. Les quisiera decir también que, así como nos arropan y nos cuidan y contribuyen, inclusive, con sus bienes, y como la sunamita le construyen un cuartito a la persona para que pase y pueda descansar, también es cierto que necesitamos su ayuda desde el punto de vista de la mejora.

En la fe cristiana no se puede crecer si es que no escuchamos también las cosas que a ustedes no les parecen bien. Y a veces tenemos errores y es necesario escuchar lo que ustedes piensan sobre cómo mejoramos la Iglesia. Por eso, también, en el inicio del camino que nos indicó el Santo Padre, hace ya cinco años, lo primero que hicimos fue escuchar las cosas que ustedes querían decir. Dentro de poco, vamos a repetir eso porque necesitamos ver cómo hemos ido avanzando y mejorando, para que así, entonces, todos construyamos esta Iglesia con el favor de todos. Pero hay una cosa muy importante, y es que todos somos evangelizadores; aquí no se refiere solamente a la monjita, al cura, al párroco, al seminarista o al agente pastoral. Todos somos anunciadores del Señor con nuestro testimonio, con la experiencia que hemos tenido. Lo hemos venido mencionando porque estos evangelios de los últimos tres domingos, son para fortalecer la dimensión evangelizadora de cada creyente, hombre o mujer.

Y, por eso, esto tiene sus exigencias, y una de las exigencias más fuertes que hay es que el Señor nos pide que pongamos, en primer lugar, a Él, en vez de nuestra familia, de nuestro hijo, nuestra hija, es decir, que carguemos con nuestra Cruz en el sentido de que asumamos nuestras responsabilidades en la vida, teniendo en cuenta que siempre hay que hacerlo en fidelidad a Dios.

Esto ya estaba en la ley antigua. El primer mandamiento es amar a Dios sobre todas las cosas: “Escucha, Israel: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu mente, con toda tu alma, con todo tu ser. Y a tu prójimo como a ti mismo”. Es muy importante esto porque nosotros no nos hemos dado la existencia, ni como humanidad ni personalmente. Es verdad que hemos colaborado a la existencia, pero quien dio la condición fecundadora y regeneradora de la humanidad a todos nosotros, es el misterio de Dios que nos creó para vivir, y Él nos dio la vida, el don de la vida.

Y por eso, al dador del don, le debemos siempre el primer reconocimiento de nuestra vida. Y, pasa que, cuando se dice aquí en el Evangelio: “más que a tu padre, más que a tu madre, más que tu hijo, más que tu hija” (Mateo 10,37-42), está diciéndose más que aquello que consideras lo tuyo y que siempre es normal que se le ame muy profundamente, pero que siempre puede crear un encerramiento. Eso lo estamos viendo cuando hay dirigentes que dicen: “Bueno, como yo estoy aquí, en la dirigencia, pues, tengo que ver por mi familia. Entonces, esto va para mi familia”. Y empiezan a desaparecer cosas, se toman decisiones en base a intereses propios y se puede terminar una familia, o peor aún, puede terminar en mafia. En Italia, por ejemplo, todas las mafias son familias. Y,

entonces, uno tiene que aprender ese camino de separar y distinguir lo que es propio del amor familiar y lo que es el interés común, la visión de los demás.

Estamos muy atados, hermanos, porque siendo un país católico, estamos acostumbrados a que, primero, honremos lo nuestro y después lo de los demás, después lo de Dios. Y lo de Dios tiene que ver con todo lo de los demás, con el bien común de todos. Y estamos viviendo un asedio en el país porque intereses distintos se posesionan de sus propias visiones, se encierran y creen que esa es la verdad y es su verdad, pero no es La Verdad, que es el bien común de todos.

Por eso, para seguir al Señor tenemos que asumir nuestras propias cruces, es decir, nuestras propias responsabilidades y salir de nosotros mismos para que de ahí identifiquemos cómo seguir al Señor. Esto es muy importante porque, a veces pensamos que seguir al Señor, darle su lugar, es solo cumplir con los mandamientos y las reglas como ir a Misa, confesarse antes de comulgar, y todas esas reglas que nos han puesto los sacerdotes.

Pero, por ejemplo, una de las cosas fundamentales que el Señor quiere es que lo amemos de corazón y, por lo tanto, eso es más importante que una regla, tener la libertad espiritual. Y eso, a veces, los curas no les hemos enseñado y tendríamos que corregirnos, porque les enseñamos reglas y reglas para encontrar a Dios, pero resulta que hay muchas cosas que son más importantes para encontrar a Dios. Por ejemplo, en el sufrimiento del hermano al cual le damos una mano. Eso no está mandado como regla y, sin embargo, es una condición esencial, es decir, la vida solidaria como condición de vida cristiana.

En todo caso, es importante que, en cierto modo, para ser cristiano hay que perder un poco nuestra vida para darla a Otro, hay que compartirla. *“El que encuentre su vida la perderá y el que la pierda por mí, la encontrará”*, dice el Señor. Eso es lo que hizo Jesús, siendo Él que vino del Padre y su vida era la vida plena, entregó su vida y no se miró a sí mismo para salvarnos a todos, para darnos como don, el don del perdón, y para proclamarlo desde la Cruz con su silencio, con el silencio de su muerte. Y ese camino que es difícilísimo, simultáneamente, es una propuesta para todos: aprender a perder la vida, a generar vida y no gastarla en cosas que no valen la pena.

Este camino también está en la ley de la vida, cuando nuestras mamás nos llevan en el vientre materno y siempre arriesgan la posibilidad de morir porque puede pasar cualquier cosa. Pero aún así, da vida, y si pasara algo, siempre es una donación, es un riesgo. A eso nos dice el Señor que hay que vivir, para eso nos dice el Señor que hay que vivir la vida perdiéndola, porque así la encontramos de verdad. Si buscamos, simplemente, encontrar nuestra vida y hacer nuestras comodidades, lo que hacemos es perdernos un poco en cosas nimias, en cosas insignificantes.

Por eso es que este camino de desasimiento, de compartición de nuestra vida, es el elemento fundamental de todo cristiano que, entonces, sabe dar su lugar al amor a los hermanos, y con amor propio conoce la capacidad de hacer la voluntad de Dios. Y ¿qué es hacer la voluntad de Dios? Es estar permanentemente haciendo, viendo las situaciones con los ojos abiertos para decidir y servir.

Nos hemos habituado mucho a una religión de “ojos cerrados”, creyendo que para amar a Dios hay que cerrar los ojos porque está en lo más íntimo y en el corazón; pero resulta que no abrimos los ojos para ver la realidad y tratar de, viendo la realidad, dónde está la posibilidad de hacer el bien a los demás; dónde está el mal, dónde está el bien; qué cosas interesantes hay para apoyar y desarrollar; qué cosas, como cristianos, tenemos que proponer e impedir porque son graves.

La religión cristiana es una religión de ojos abiertos, no de ojos cerrados, porque el Señor nos enseñó a abrir los ojos a los signos de los tiempos. Y, por eso, esta apertura nos permite también una relación de acogida con los demás. Dice el Señor: *“El que recibe a uno de ustedes, me recibe a Mí; y el que me recibe a Mí, recibe al que me ha enviado”*. Recibir al otro, en este caso, a un evangelizador, a uno de nosotros, pero también unos a otros. Hoy día decía el Papa que unos a otros tenemos que evangelizarnos, el que recibe una palabra interesante del otro, como el que escucha al otro, ése está recibiendo a Dios, no solamente a Jesús, sino al Padre que lo ha enviado.

Miren ustedes que esto es una cosa linda para ser seguidor del Señor y cristiano, porque cuando conversamos, nos acogemos. Ustedes saben que la palabra “huésped” o la palabra “acogida”, “acoger a otro” significa “concebir al otro”; porque cuando yo acojo a otro es como que lo llevo en el seno materno y lo genero. Y también él, como me recibe, también me genera. Entonces, nos regeneramos mutuamente, y por eso conversar nos gusta, sobre todo, las vecinas cuando se le está quemando el agua y sale a pedir un consejo a la vecina, lero lero, candelero, habla para tratar de entender cómo se hace y, luego, va y le pone una sazón nueva a la cocina, le

mete un ají o algo porque recibe un consejo que la abre a hacer cosas nuevas.

Es indispensable que conversemos. En el último tiempo tenemos un país de mudos, en donde todos estamos encerrados y nos insultamos: este es un desgraciado, comunista, un maldito, un fascista, y se sacan la lengua todos y ya están sacando arcabuces para poder pelear y conquistar y destruir este mundo.

En el mundo hay de malo y de bueno también, y es necesario empezar a buscarlo juntos. Esa capacidad de acoger al otro nos fecunda, y nosotros también fecundamos para volvernos otras personas, para cambiar y mejorar. A eso se refiere con la acogida a un profeta. El profeta es una persona que anuncia y denuncia, anuncia cosas buenas y denuncia cosas malas. Todo cristiano tiene que ser un profeta, mucho más nosotros, los sacerdotes, que estamos ordenados para eso. Pero, ustedes también se han ordenado, porque en el Bautismo se nos dan tres misiones: sacerdotes, profetas y reyes; sacerdotizas, profetizas y reinas.

Son tres misiones las que recibimos, y la segunda es la de ser profetas, anunciadores del Evangelio. Y también se denuncia, unido a la denuncia de lo que está mal. Esto ocurre mucho en casa, ¿no es cierto? Cuando a los chicos los corregimos o los felicitamos cuando se han portado bien. Decimos algo positivo y también rechazamos algo negativo, y así nos construimos. En ese sentido, todos somos profetas, y las que son más profetizas son las mamás que, con un solo grito, arreglan las cosas, inclusive, hacen milagros.

Y, entonces, lo que nos dice el Señor es que si todos somos profetas, todos tenemos que leer los signos de los tiempos, no solamente en la vida familiar, también en la vida social, porque estamos viendo signos nuevos en nuestra sociedad.

El año pasado les dije que prestemos atención a esas marchas que se hacen en este tiempo, porque hay unas que son de algo que no estaba mucho explícito en la sociedad, pero que la procesión iba por dentro. Pues, ayer, otra vez, hubo una enorme marcha que ha sido pacífica y que significa que muchas personas empiezan a querer tener un cierto lugar y han recibido muchísimo apoyo. Yo no digo que, así nomás, todos lo aceptemos, pero sí que tengamos en cuenta que hay signos nuevos que es mejor que nos abramos a ellos y comprendamos, porque son signos que nos interpelan. Nosotros, los limeños, a veces, somos muy prejuiciosos, y no salimos de nosotros mismos porque creemos que las cosas son solo como las pensamos. Tenemos que aprender a leer los nuevos acontecimientos.

Estos días ha salido un video muy interesante sobre que es posible que los seres humanos nos organicemos para generar cultivos en zonas desérticas que atraigan el ozono que está en la atmósfera, y podríamos detener este proceso terrible que hay de desintegración de la naturaleza. Hermanos, hay que abrirse a las cosas nuevas, tenemos tanto desierto aquí que podríamos hacerlo y sería lindísimo. Por si acaso, ya, en nuestra Parroquia de Manchay ya comenzó Manchay Verde, y está creciendo, porque están naciendo áreas verdes en medio del desierto. Si lo hiciéramos todos organizadamente, sería genial, porque podríamos parar una cosa que es la tragedia que se viene, la del calentamiento global. Claro, demorará unos buenos siglos y buenos años, pero si comenzamos

ahora, podemos tomar iniciativas juntos porque leemos los acontecimientos y discernimos, y vemos cómo tomar iniciativa.

Nos hemos acostumbrado a un cristianismo muy pasivo, muy de reglas establecidas y nada más. Tenemos que movernos y salir para ver cómo yo puedo intervenir, cómo todos juntos como hermanos.

Finalmente, es bonito que el Señor diga que cuando *“reciben a un justo, por ser justo, tendrán recompensa de justo”*. El que recibe a un profeta como profeta, tendrá recompensa de profeta, es decir, así como el profeta es un regalo, también recibirá su regalo. Es un intercambio de regalos, a todos nos gusta, ¿no? Bueno, pues, entonces, dice también aquí que si uno recibe a un justo por justo, entonces tendrá recompensa de justo. ¿Quién es el justo? A veces, no es una persona que sea creyente, pero sí que es justa. Hay tantas personas que no creen en Dios, pero son personas verdaderamente humanas, que no frecuentan la Iglesia pero que actúan siempre de acuerdo a la verdad de la vida, al sentido de la vida. Por eso, deberíamos, todos juntos, reconocer que a todos hay que acogerlos y, especialmente, a los que son más testigos.

En ese sentido, al final, otra vez nos dice el Señor: “Quien dé de beber, aunque sea un vasito de agua, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad les digo que no perderá su recompensa”. Entonces, terminamos como comenzamos, con las sunamitas y los sunamitas. Estas personas habían visto que Eliseo andaba mucho por ahí, porque Eliseo sucede a Elías, y Elías había sido un profeta muy poderoso, muy fuerte contra los Reyes e, inclusive, llegó un momento a pedirle a Dios que mandara de una vez una sequía para que se castigara los pecados de los Reyes. Y llegó

la sequía y duró 30 años, pero cuando ya a Elías el Señor se lo lleva (porque ya había creado demasiado lío), entonces, entra Eliseo, y él tiene que generar una confianza en el Dios que no maldice, sino bendice. Así fue como empezó a caminar como Jesús, haciendo milagros.

Y aquí tienen ustedes el caso de este justo, de este pequeño que es Eliseo y que recibe esta acogida. Y, ¿qué le da a cambio de la acogida? A la sunamita, le da un hijo porque eran estériles y superan la esterilidad.

Hermanos y hermanas, que a partir de esta condición de intercambio de la fe que da el regalo de la fe y, a su vez, acoge la escucha de cada uno en la conversación, de esta interrelación, forjemos lazos de regeneración humana, de comprensión y de ver cómo el Señor allí nos hace fecundos como lo hizo con la mujer estéril.

Solamente así vamos a poder crecer si es que, dialogando, nos ayudamos y podemos tener un Perú nuevo en un mundo nuevo, sobre todo, ahora que comenzamos el mes de la Patria. Necesitamos un Perú nuevo en un mundo nuevo, y para eso tenemos que regenerar la nación a través de nuestro comportamiento y nuestras iniciativas.

Que Dios les bendiga y que este mes patrio, todos nos unamos en realizar la esperanza que tanto deseamos de que el Perú viva en paz, viva hermanado. Bendiciones para todos y, especialmente, para los sunamitas y las sunamitas.

Amén